

«Si te gustó *Forrest Gump*, *Intocable* y *Pequeña Miss Sunshine*  
esta novela es para ti.



# MOMENTOS DE BUENA SUERTE

Matthew Quick

«Una novela optimista, tan divertida como inteligente.» *Kirkus*



  
ESPASA

MATTHEW QUICK

MOMENTOS DE BUENA SUERTE

Traducción de José Manuel Álvarez Flórez



ESPASA ©NARRATIVA

Título original: *Songs of Willow Frost*

© James Ford, 2013

© Espasa Libros S. L. U., 2014

© De la traducción: Jesús de la Torre, 2014

© Del mapa: David Lindroth, Inc., 2013

Primera edición: mayo de 2014

Depósito legal: B. 6.986-2014

ISBN: 978-84-670-4145-3

ISBN 978-0-345-52202-3, Ballantine Books, un sello de Random House Publishing Group, una división de Random House, Inc., Nueva York, EE. UU., edición original

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impreso en España/Printed in Spain

Impresión: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Composición: Víctor Igual, S. L.

Espasa Libros S. L. U.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

# 1

## EL RICHARD GERE USTED-YO SIMULADO

Estimado señor Richard Gere:

He encontrado una carta que escribió usted en el cajón de la ropa interior de mi madre, cuando estaba separando sus «prendas más personales» de las «poco usadas», que podía donar a la tienda de ropa vieja de la beneficencia.

Como recordará, su carta trataba de las Olimpiadas de 2008, que se celebraron en Pekín (China), y usted abogaba en ella por un boicot debido a los crímenes y las atrocidades cometidos por el gobierno chino contra el Tíbet.

No se preocupe.

No soy uno de esos tipos chiflados.

Me di cuenta enseguida de que era una circular que había enviado usted a millones de personas a través de su organización benéfica, pero mamá era una simuladora lo bastante buena para creer que usted había firmado personalmente la carta para ella, y seguramente por eso la guardó (creyendo que usted había tocado el papel con sus manos y humedecido el sobre con su lengua), imaginando que el papel representaba un vínculo tangi-

ble con usted: que tal vez algunas células suyas, partículas microscópicas de su ADN, estarían con ella siempre que tocara la carta y el sobre.

Mamá era su mayor admiradora, y una simuladora experta.

Recuerdo que me dijo, señalando el papel con el dedo índice: «Mira su nombre escrito en cursiva. ¡Richard Gere! ¡El actor de cine RICHARD GERE!».

A mamá le encantaba celebrar las cosas pequeñas. Como encontrarse un dólar olvidado y arrugado en el bolsillo lleno de pelusa de un abrigo, o que no hubiese cola en la oficina de correos y los vendedores de sellos respondieran a sus sonrisas y su cordial conversación, o si refrescaba lo suficiente para sentarse fuera un verano caluroso, cuando la temperatura baja espectacularmente de noche aunque el hombre del tiempo haya pronosticado un calor y una humedad insoportables, con lo que el anochecer se convierte en un insólito regalo.

—Ven a disfrutar de este fresco inesperado, Bartholomew —me decía mamá, y nos sentábamos fuera y nos mirábamos sonriendo como si nos hubiese tocado la lotería.

Mamá sabía hacer que las cosas pequeñas pareciesen milagrosas. Tenía ese don.

Tal vez usted ya haya etiquetado a mamá, señor Richard Gere, como una excéntrica, una chiflada: la mayoría de la gente lo hacía.

Antes de que se pusiera enferma, no engordaba ni adelgazaba nunca; nunca se compraba ropa nueva, así que se quedó estancada en la moda de mediados de los ochenta; olía a las bolas de naftalina que colocaba en su cómoda y en su armario, y solía llevar el pelo aplastado

por el lado que apoyaba en la almohada (casi siempre el izquierdo).

Mamá no sabía que las impresoras reproducen fácilmente las firmas porque era demasiado mayor y nunca había usado la tecnología moderna. Hacia el final, solía decir que el Apocalipsis condenaba los ordenadores, pero el padre McNamee me dijo que eso no era cierto, aunque podíamos dejar que mamá lo creyese.

Nunca la había visto tan contenta como el día que llegó su carta.

Como ya habrá deducido usted, mamá no estaba del todo en sus cabales los últimos años; y, al final, llegó la demencia severa, por lo que, en sus últimos días, era complicado diferenciar la simulación del mundo real.

Con el tiempo todo se volvió confuso.

En sus buenos momentos —aunque parezca mentira—, solía pensar realmente (¿simular?) que yo era usted, que Richard Gere vivía con ella, que la cuidaba, lo cual debía de ser una grata alternativa a la verdad: que su hijo, vulgar y sin talento, era su principal cuidador.

—¿Qué vamos a cenar hoy, Richard? —me decía—. Es un placer pasar tanto tiempo contigo por fin, Richard.

Era como cuando, siendo yo niño, fingíamos que estábamos cenando con un invitado famoso (Ronald Reagan, san Francisco, el ratón Mickey, Ed McMahon, Mary Lou Retton), que ocupaba uno de los dos asientos de la cocina que siempre estaban vacíos, salvo cuando nos visitaba el padre McNamee.

Como ya he mencionado, mamá era una gran admiradora suya..., probablemente usted se sentó antes a la mesa de nuestra cocina, pero la verdad es que no recuerdo ninguna visita concreta de Richard Gere en mi

infancia. No obstante, complací a mamá e interpreté mi papel, así que usted se manifestaba a través de mí, aunque no soy tan guapo como usted y era por lo tanto un mal suplente. Espero que no le importe que le invocara sin su permiso. Era fácil y complacía mucho a mamá. Se le iluminaba la cara como las luces de Navidad de los almacenes Wanamaker cada vez que venía usted de visita. Y después de la quimio y la cirugía cerebral fallidas, y las atroces secuelas de malestar y náuseas, resultaba difícil conseguir que sonriera o que se alegrara por algo, y es por eso por lo que yo seguí con el juego de que usted y yo nos convirtiéramos en nosotros.

Todo empezó una noche después de ver nuestra gastada copia de *Pretty Woman*, una de las películas preferidas de mamá.

Mientras pasaban los créditos del final, ella me dio unas palmaditas en el brazo y me dijo:

—Me voy a la cama ya, Richard.

La miré y ella me sonrió casi pícaramente, como yo había visto sonreír a las chicas frescas de brillantes labios pintados cuando iba al instituto. Aquella sonrisa lasciva me daba náuseas, porque sabía que significaba problemas. Además, era impropia de mamá. Así fue como empecé a vivir con una desconocida.

—¿Por qué me llamas «Richard»? —le pregunté.

Ella me posó suavemente la mano en el muslo y dijo con la misma voz de niña coqueta, parpadeando: «Porque es tu nombre, tonto».

Mamá no me había llamado «tonto» nunca en los treinta y ocho años que llevábamos juntos.

El hombrecillo furioso de mi estómago me aporreó el hígado con los puños.

Comprendí que teníamos problemas.

—Mamá, soy yo: Bartholomew. Tu único hijo.

La miré a los ojos y no parecía verme. Era como si estuviese teniendo una visión, como si viese algo que yo no podía ver.

Eso me hizo preguntarme si mamá habría usado algún tipo de brujería femenina y me había convertido de algún modo en usted.

Que nosotros —usted y yo— nos hubiésemos convertido en uno en su mente.

Richard Gere.

Bartholomew Neil.

Nosotros.

Mamá retiró la mano de mi muslo y dijo:

—Eres un hombre guapo, Richard, el amor de mi vida incluso, pero no voy a cometer el mismo error dos veces. Tú ya elegiste, así que tendrás que dormir en el sofá. Hasta mañana.

Luego subió la escalera como flotando, moviéndose más deprisa de lo que lo había hecho en muchos meses.

Parecía extasiada.

Parecía guiada por la divinidad, como los santos con halo de la vidriera de la iglesia de San Gabriel. Su locura parecía bendita. Estaba bañada de luz.

Pese a lo incómodo que era el intercambio, me gustaba ver a mamá iluminada. Contenta. Y siempre me ha resultado fácil simular. He simulado toda la vida. Era el juego de mi infancia, así que lo había practicado mucho.

De un modo u otro —porque quién sabe exactamente cómo ocurren estas cosas—, en el transcurso de los días y las semanas, mamá y yo fuimos deslizándonos en una rutina.



Empezamos a fingir los dos.

Ella fingía que yo era usted, Richard Gere.

Yo fingía que mamá no estaba perdiendo el juicio.

Yo fingía que ella no iba a morir.

Yo fingía que no iba a tener que plantearme la vida sin ella.

Hubo una escalada en el proceso, como suele decirse.

Cuando mamá se vio confinada al sofá-cama de la sala con una bomba de morfina para el dolor conectada al brazo, yo actuaba en el papel de usted las veinticuatro horas del día, aunque ella estuviera inconsciente, porque eso me ayudaba cuando apretaba fielmente el botón cada vez que ella empezaba a hacer muecas.

Para ella yo ya no era Bartholomew, sino Richard.

Así que decidí ser realmente Richard y dar unas vacaciones bien merecidas a Bartholomew, si es que eso tiene algún sentido para usted, señor Gere. Bartholomew había trabajado horas extraordinarias como hijo de su madre casi cuatro décadas. Bartholomew había sido desollado vivo emocionalmente, decapitado y crucificado cabeza abajo, exactamente igual que su apóstol homónimo, según diversas leyendas, aunque metafóricamente, y en el mundo moderno de hoy.

Ser Richard Gere era como apretar mi propia bomba dosificadora de morfina mental contra el dolor.

Yo era mejor cuando era usted, un hombre más confiado, controlado y seguro de mí mismo que nunca.

Los empleados del servicio de ayuda a enfermos terminales aceptaron mi artimaña. Les di instrucciones firmes de que me llamaran Richard siempre que nos encontrásemos en la habitación con mamá. Me miraron

como si estuviese chiflado, pero hicieron lo que les pedí, porque estaban a sueldo.

Ellos sólo cuidaban de mamá porque les pagaban. Yo no me hacía ninguna ilusión de que se preocuparan por nosotros. Consultaban el reloj de sus teléfonos móviles cincuenta veces cada hora, y cuando se ponían el abrigo al final de su turno parecían tan aliviados como si separarse de nosotros fuese algo así como disponerse a asistir a una fiesta maravillosa, como salir de un tanatorio para ir a la ceremonia de los Oscar.

A veces me llamaban «señor Neil» cuando mamá estaba dormida, pero cuando estaba despierta yo siempre era usted, era Richard, y hacían lo que les había pedido por el dinero que les pagaba la compañía de seguros. Hasta empleaban un tono respetuoso muy formal cuando se dirigían a nosotros:

—¿Podemos hacer algo para que su madre se sienta más cómoda, Richard? —decían siempre que ella estaba despierta, aunque ni una sola vez me llamaron «señor Gere», lo cual me parecía bien porque mamá y usted se tutearon desde el principio.

Quiero que sepa que a mamá le encantaba ver las Olimpiadas. Nunca se las perdía (las había visto también con su madre) y verlas le causaba un placer tan grande tal vez porque nunca había salido de la zona de Filadelfia en sus setenta y un años en el mundo. Solía decir que ver las Olimpiadas era como ir de vacaciones al extranjero cada cuatro años, incluso después de que cambiasen las Olimpiadas de verano y de invierno a años diferentes, de manera que ahora ya se celebran cada dos años, como sin duda sabrá usted.

(Perdone que insista, pero le escribo como Bartholo-

mew Neil, alguien distinto de usted en todos los sentidos imaginables. Espero que sea paciente conmigo y disculpe mi vulgaridad. No simulo ser Richard Gere cuando escribo esto. Soy mucho más elocuente cuando soy usted. MUCHO MÁS. Bartholomew Neil no es actor de cine; Bartholomew Neil nunca ha tenido relaciones sexuales con una supermodelo; Bartholomew Neil nunca ha salido de la ciudad en la que usted y yo nacimos, La Ciudad del Amor Fraternal; Bartholomew Neil es tristemente consciente de esos hechos. Y Bartholomew Neil tampoco tiene mucho de escritor, como ya habrá advertido usted.)

A mamá le encantaba la gimnasia, sobre todo los hombres de torso triangular, que «se movían como ángeles guerreros». Aplaudía hasta que se le enrojecían las palmas de las manos cuando alguien hacía el cristo en las anillas. Era su ejercicio preferido. «Fuerte como Jesús en su peor día», decía. Veía hasta las ceremonias de inauguración y clausura: no se perdía un segundo. Mamá veía todas las pruebas olímpicas que se televisaban.

Pero cuando recibió su carta (la que ya he mencionado, que exponía las atrocidades cometidas por el gobierno chino contra el Tíbet), decidió no ver las Olimpiadas que se celebraban en China, lo cual fue un sacrificio enorme para ella.

—¡Richard Gere tiene razón! ¡Deberíamos enviar un mensaje a la República Popular China! ¡Es horroroso lo que le están haciendo al pueblo tibetano! ¿Por qué nadie se preocupa de los derechos humanos fundamentales? —dijo mamá.

He de confesar que (al ser como soy mucho más pesimista, resignado y apático de lo que nunca fue mamá), yo abagué en vano por ver las Olimpiadas. (Perdóneme,

señor Gere, por favor. Yo tenía poca fe entonces.) Dije que el hecho de que nosotros las viéramos o no, ni siquiera quedaría documentado, ni influiría lo más mínimo en las relaciones exteriores.

—¡China ni siquiera sabrá que no las vemos! ¡Nuestro boicot será inútil! —protesté.

Pero mamá creía en usted y en su causa, señor Gere. Hizo lo que usted pedía que se hiciese, porque le estimaba y tenía la misma fe que un niño.

Esto supuso que yo tampoco pudiera ver las Olimpiadas, y al principio me molestó, porque era una actividad madre-hijo tradicional (¿sagrada?) en el hogar de los Neil, aunque hace mucho que lo superé. Ahora me pregunto si el boicot de mamá, su muerte y el que yo encontrase la carta que usted le escribió, todas esas cosas, no querrán decir que usted y yo estamos destinados a mantener un vínculo cósmico importante.

Tal vez esté usted destinado a ayudarme ahora que mamá ha muerto, Richard Gere.

Tal vez todo sea parte de la visión de mamá: el fruto de su fe.

¡Tal vez sea usted, Richard Gere, el legado que me dejó mamá!

Tal vez usted y yo estemos destinados en realidad a ser NOSOTROS.

Para demostrar aún más la sincronicidad de todo esto (¿ha leído usted a Jung? Yo sí. ¿Le sorprende?), mamá abucheó despiadadamente a los chinos en los juegos olímpicos de Vancouver de 2010 —incluso las piruetas y los saltos de los patinadores artísticos, que eran tan airosos—, que se celebraron, si no recuerdo mal, justo antes de que yo empezara a advertir su demencia.

No ocurrió de pronto, sino que empezó con pequeños detalles, como olvidar los nombres de personas a las que veíamos en nuestras salidas diarias, dejarse el horno encendido por la noche, no saber qué día era, perderse en el barrio en que había vivido toda la vida, y no encontrar las gafas, cuando las tenía muchas de las veces en lo alto de la cabeza: pequeños lapsus cotidianos.

(Pero mamá nunca se olvidó de usted, Richard Gere. Hablaba conmigo-usted todos los días. Un síntoma más. Y jamás olvidó el nombre de Richard.)

A decir verdad, no sé con certeza cuándo empezó el deterioro mental de mamá, porque simulé mucho tiempo que no me daba cuenta. Nunca se me han dado demasiado bien los cambios. Y no pensé en rendirme a la locura de mamá y ser usted hasta mucho después. Soy lento, siempre llego tarde al baile cósmico, como sin duda dice gente más sabia, como usted.

Los médicos me dijeron que no era culpa nuestra, que, aunque hubiésemos llevado a mamá a que la vieran antes, seguramente habría acabado todo igual. Nos lo dijeron cuando nos pusimos nerviosos en el hospital, cuando no nos dejaron ver a mamá después de la operación y empezamos a gritar. Un asistente social habló con nosotros en una habitación privada mientras esperábamos el permiso para ver a nuestra madre. Y cuando la vimos, parecía momificada con el vendaje de la cabeza, tenía la piel de un amarillo enfermizo y era tan horrible, y —por las miradas de preocupación que nos dirigía el personal del hospital— estábamos visiblemente aterrados.

El asistente social preguntó a los médicos en nuestro nombre si podríamos haber hecho algo más para impedir que el cáncer creciese. ¿Habíamos sido negligentes?

Fue entonces cuando los médicos nos dijeron que no era culpa nuestra, aunque hubiéramos ignorado los síntomas durante meses, simulando para no ver los problemas de nuestras vidas.

Aun así.

No fue culpa nuestra.

Espero que me crea, Richard Gere.

No fue culpa mía, ni suya.

Usted sólo envió una carta, pero estuvo con mamá hasta el final: en el cajón de su ropa interior y a su lado a través de mí, su médium, su encarnación.

Los médicos confirmaron repetidamente que no podríamos haber hecho nada más.

El tumor cerebral que había llegado con sus tentáculos de calamar a las zonas más profundas de la mente de nuestra madre era algo que no podríamos haber pronosticado ni vencido, nos dijeron los médicos muchas veces, en un lenguaje tan claro y sencillo que hasta los menos inteligentes podían entenderlo sin problema.

No fue culpa nuestra, Richard Gere.

Nosotros hicimos todo lo que podíamos, incluido fingir, pero hay fuerzas que son demasiado poderosas para los simples humanos, como ratificó el asistente social del hospital con un cabeceo triste y renuente.

—Ni siquiera un actor famoso como Richard Gere podría haber proporcionado a su madre mejor atención —me dijo el asistente social cuando le mencioné a usted, cuando compartí mi pesar por ser un fracasado, incapaz de cuidar a su única madre, pese a ser su única tarea en el mundo, el único objetivo que había conocido en la vida.

*¡Fracasado miserable!* —me gritó el hombrecillo de mi estómago—. *¡Subnormal! ¡Imbécil!*

El cáncer cerebral acabó con la vida de mi madre hace sólo unas semanas, un breve y largo borrón (que se estira y se encoge en mi memoria) después de que la cirugía y la quimio fracasaran.

Los médicos suspendieron el tratamiento.

Nos dijeron: «Es el final. Lo sentimos. Procuren que esté cómoda. Aprovechen el tiempo al máximo. Despídanse».

—¿Richard...? —me susurró mamá la noche que murió.

Nada más.

Una.

Sola.

Palabra.

¿Richard?

Los signos de interrogación eran audibles.

Los signos de interrogación me obsesionan.

Los signos de interrogación me hicieron pensar que toda la vida de ella podría resumirse en signos de puntuación.

No me enfadé porque mamá hubiera dicho su última palabra al Richard Gere simulado, porque me incluía también a mí, el hijo de su propia sangre.

Yo era Richard en aquel momento.

En su mente y en la mía.

Simular puede ayudar en muchos sentidos.

Ahora oímos gorjear a los pájaros por la mañana cuando nos sentamos solos a tomar café en la cocina aunque sea invierno. (Deben de ser pájaros urbanos, vigorosos y resistentes, sin miedo a las bajas temperaturas, o pájaros demasiado perezosos para emigrar.) Mamá siempre ponía la televisión a todo volumen porque le gustaba «oír hablar a la gente», así que antes no nos en-

terábamos del gorjeo de los pájaros. Treinta y nueve años en esta casa y ésta es la primera vez que oímos gorjear a los pájaros a la luz de la mañana mientras tomamos nuestro café en la cocina.

Una sinfonía de pájaros.

¿Ha escuchado usted realmente alguna vez el trinar de los pájaros? ¿Lo ha escuchado de verdad?

Es tan bonito que te corta la respiración.

Mi asesora de duelo, Wendy, dice que tengo que procurar ser más sociable y crear un «grupo de apoyo» de amigos. Wendy estuvo aquí, en mi cocina, una vez que los pájaros de la mañana estaban cantando y se detuvo a media frase, aguzó el oído hacia la ventana, entrecerró los ojos y arrugó la nariz.

Luego me preguntó:

—¿Lo oyes?

Asentí.

Esbozó una sonrisa engreída justo antes de decir, como sólo podía decirlo alguien tan joven, con su voz optimista de animadora:

—Les gusta reunirse en bandadas. ¿Oyes lo contentos que están? ¿Lo felices que son? Tú necesitas encontrar ahora tu bandada. Abandonar el nido al fin, por así decirlo. Incluso volar. ¡Volar! Hay muchísimo cielo ahí fuera para los pájaros valientes. ¿Quieres volar, Bartholomew? ¿Quieres?

Dijo todas esas palabras de un tirón, así que estaba sin aliento cuando terminó su discurso alentador. Estaba tan colorada como el pecho de un petirrojo, como siempre que expone lo que ella considera una idea extraordinariamente buena. Me miraba con ojos muy abiertos («ojos caleidoscópicos», como cantan los Beatles), y yo



sabía cuál era la respuesta a su petición, lo que se esperaba que dijera, lo que la alegraría tanto, lo que acreditaría su presencia en mi cocina y le haría creer que sus esfuerzos eran importantes, pero yo no podía decirlo.

Sencillamente no podía.

Me costó mucho mantener la calma, porque parte de mí (el núcleo oscuro y maligno de mí en el que vive el hombrecillo furioso) deseaba agarrar aquellos hombros como de pajarito de Wendy y sacudirle todas las pecas de su joven y hermoso rostro mientras le gritaba, chillando con tanta fuerza como para echarle el pelo hacia atrás: «¡Soy mayor que tú! ¡Respétame!».

—¿Bartholomew? —dijo ella alzando la vista bajo sus finas cejas pelirrojas, del color de las hojas crujientes de las aceras.

—Yo no soy un pájaro —le dije en el tono más sereno que pude en el momento, y fijé la vista en los cordones marrones de mis zapatos, procurando permanecer inmóvil.

Yo no soy un pájaro, Richard Gere.

Usted ya lo sabe, lo sé, porque es un hombre sabio.

No soy un pájaro.

No soy un pájaro.

No.

Soy.

Un.

Pájaro.

Su admirador incondicional,

BARTHOLOMEW NEIL